

JESUCRISTO IDEAL DEL SACERDOTE

Pbro. José Frassinetti
Fundador de los Hijos de Santa María Inmaculada

Noviciado HSMI
Luis Guillón - Buenos Aires
1989

PROLOGO

Poner en manos de nuestros sacerdotes, y sobre todo de los jóvenes, el precioso librito **"Jesucristo ideal del sacerdote"** del P. José Frassinetti (1804 - 1868) es dar a conocer la vida ejemplar de un sacerdote humilde y modesto, gran trabajador y luchador, inteligente y eficaz, cual fue su autor, que comprendió los problemas de su tiempo y contribuyó, con su predicación y sus escritos, a darle una solución adecuada.

Continúa seguirá siendo cierto que las palabras mueven, pero los ejemplos conquistan.

Vivimos tiempos difíciles. Es cierto. Pero cuándo el ministerio sacerdotal y la acción de la Iglesia se han realizado en tiempo fáciles? El sacerdote José Frassinetti vió tiempos similares a los nuestros: bien difíciles, como ahora. Tiempos de cambio, de confusión, de siembra de errores no solamente en el campo de la cultura y de la política, sino también en el ámbito religioso. Pero conoció su tiempo y sus problemas, sus errores y dudas, y sobre todo sus peligros en el ámbito religioso y respondió, como sacerdote, a las responsabilidades de la hora, estudiando, predicando y escribiendo, mientras desarrollaba sus actividades ministeriales permanentemente.

Es interesante hacer notar su certera visión de las necesidades urgentes de su tiempo, a las cuales dedicó sus esfuerzos. Catequesis, pastoral de la juventud, predicación sólida del Evangelio: formación de los sacerdotes para la unidad de conducción pastoral en los problemas de la moral católica.

Acaso estos problemas no son ahora también nuestros grandes problemas? Tenía pasta de santo. Por eso está introducida y adelantada su causa de beatificación. Estaba convencido que para ser eficaz en su apostolado, era necesario que él mismo predicara primero, con su ejemplo personal, lo que enseñaba a los demás con su palabra.

Así lo hizo siempre. La verdad es que no hay otro camino. Hombre de oración todo lo esperaba de Dios, trabajando de su parte y escribiendo, como si fuera un sacerdote que modestamente cumple su deber, sin llamar la atención.

Desde muy joven, he sentido admiración por este sacerdote tan humilde y tan eficaz; tan activo y tan estudioso; tan valiente y tan decidido frente al error que siempre combatió, y tan caritativo con los hombres a quienes amó. Siendo joven sacerdote conocí su obra "Compendio de la teología Moral de San Alfonso María de Liguori", traducido de la cuarta edición italiana por D. Ramón

M. García Abad, en su cuarta edición española, en dos tomos, publicado en 1901. Su prestigio como confesor y director espiritual bien conocido, multiplicó las ediciones de esta su obra en Italia y fuera de ella.

Lo que puede un sacerdote, unido a Jesucristo por la Fe, la Esperanza y la Caridad está documentado, una vez más, en este librito. Tengo fe en que su lectura levantará el ánimo de los sacerdotes que desean, que quieren cumplir con sus responsabilidades, en estos momentos en que el Pueblo de Dios necesita encontrar luz y orientación en ellos.

Son tiempos difíciles: es cierto, pero son tiempos post-conciliares que han abierto rumbos nuevos. El Concilio ha puesto en manos de todos, al alcance de los pueblos, y en su propia lengua los tesoros de las verdades reveladas siempre vivas y nuevas para transformar nuestras vidas y nuestras actividades en la unidad del Cuerpo Místico.

Faltan animadores: sabios y fervorosos sacerdotes que muevan con sus predicaciones y sus escritos y arrastren con sus ejemplos a un mundo que necesita volver a Dios, sin el cual la vida no tiene sentido.

La vida del Siervo de Dios José Frassinetti ejercerá influencia eficaz en los sacerdotes que se sienten obligados a la obra postconciliar que recién comienza y que deberá retomar la vida y la actividad cristianas.

B. Aires, 5 de Mayo de 1970

Card. A. Caggiano
Arzobispo de Buenos Aires

JESUS A SUS SACERDOTES

Sacerdote ministro mío, yo te escogí de entre mi pueblo, para que en mi nombre y con mi autoridad instruyas las almas que redimí con mi sangre, las sueltes de las ataduras del pecado, ofrezcas para ellas el sacrificio eucarístico, y para que con tus plegarias y tu sagrado ministerio las santifiques colmándolas de los dones celestiales.

Tú eres mi representante ante el pueblo cristiano y por ello, en lo posible, has de copiarme imitándome fielmente.

Estudia mi vida divina e imítala acabadamente.

Esto será suficiente para que seas un buen sacerdote.

CAPITULO I

VIDA INTERIOR Y EXTERIOR DEL SACERDOTE SEGÚN JESUCRISTO

VIDA INTERIOR

Yo soy el espejo sin mancha y la imagen (substancial) de la bondad divina. (Sab.7, 26). Tú también, en cuanto lo permita la fragilidad humana, has de ser imagen y espejo inmaculado de mi bondad.

Evita no solo los pecados graves, sino también las faltas más insignificantes, de forma tal que nunca peques advertidamente.

Mucho me desagradan los pecados veniales que a sabiendas y voluntariamente cometen los seglares; mucho más desagradables me resultan cuando son cometidos por mis ministros.

Ni te parezca exigencia excesiva la mía, si pretende de ti que no me ofendas ni mucho ni poco.

No pretende menos un padre de sus hijos ni un soberano de sus súbditos. Sé entonces espejo sin mancha.

A la vez has de ser la imagen de mi bondad. Para ello no es suficiente mantenerse limpio de pecado: es necesario el ornamento de todas las virtudes.

No te conformes con evitar lo que me pueda ofender; busca lo que me agrada; en fin, esfuérzate por alcanzar la perfección.

Las Sagradas Escrituras, las enseñanzas y los ejemplos de los santos te recuerdan continuamente que el sacerdote debe aspirar de una

manera muy especial a la perfección; que el sacerdote que no se empeña en alcanzar la perfección, corre serio riesgo de perder la gloria eterna.

No desmayes entonces: esmérate para ser espejo immaculado de mi bondad.

VIDA EXTERIOR

Mi vida, si bien sumamente perfecta, fue una vida normal y por ello puede ser modelo para todo ser humano.

No vivía yo en los desiertos, sino en las ciudades en continuo contacto con los hombres para hacerles bien.

Toda vez que así lo requería la gloria de mi Padre celestial y la salud de las almas, gustoso asistía a las fiestas rodeado de mis discípulos: hasta acudí a fiestas de bodas (Mt. 9,10; Jn.2, 2)

Normalmente no me imponía largos ayunos: “ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe” (Mt.11, 19), y tampoco se los imponía a mis discípulos (Mt.9, 14)

Profundo era mi amor por la pobreza: a pesar de ello consentí que mis discípulos guardaran algún dinero para las necesidades diarias (Jn. 4, 8; 12,6).

Tu vida también ha de ser normal, sin extravagancias, para que los fieles no se sientan ofendidos en su debilidad y en sus necesidades acudan a ti con mayor confianza.

Otra es la regla que yo impongo a los que yo impongo a vivir apartados del mundo; ellos buscan mi gloria de una manera distinta.

Si tú no has recibido esta vocación extraordinaria, sea tu vida perfecta y normal como la mía.

CAPITULO II

LAS VIRTUDES DEL SACERDOTE SEGÚN JESUCRISTO

LA HUMILDAD

Bien podía yo decir a los Judíos: “no busco la gloria mía” (Jn.8, 50)

Por lo tanto no busques nunca tu gloria, sino la mía.

Toda vez que en tu ministerio busques tu gloria, usurparás lo que me pertenece y que yo a nadie cedo: “No cederé mi gloria a ningún otro” (Is.42,,8).

Si prestas atención, verás que los sacerdotes vanidosos nunca consiguen algo verdaderamente sólido; no quiero valirme de la colaboración de ellos.

Los que corren en pos de la gloria, al final padecen confusión pues mi Palabra se cumple: “El que se ensalza será humillado” (Lc.18, 14)

Te acuerdas? Al leproso curado ordené que con nadie hiciera mención del milagro (Mt.8, 4)

Devolví la vista a los ciegos, mas les impuse que nadie se enterara de ello (Mt.9, 30).

Devolví la vida a la niña muerta: exigí con energía que nada se propagara (Mc.5, 43).

Vela para que quede escondido cuanto podría redundar honor de tu persona.

Por otro lado no rehuyas de prestar servicios humildes a tu prójimo. En la última cena yo lavé los pies a mis discípulos: "Yo que soy el Señor y el Maestro les he lavado los pies" (Jn.13, 14).

A la luz de estos ejemplos: habrá algún acto de caridad que, con fundada razón, estimes comprometedor para tu dignidad?

En el ejercicio de tu ministerio sé el siervo de todos; no lo olvides, "yo no vine para ser servido, sino para servir" (Mt.20, 28).

Si yo permitiera que el mundo se olvidara de ti y tus superiores estimaren no acudir a tu colaboración en tareas importantes, no te quejes por ello.

Recuerda que durante 30 años viví apartado: en ese lapso de tiempo no prediqué, no tuve discípulos, no obré milagros; me conocían por el hijo del carpintero (Mt. 13,55). Sin embargo, en aquel período oscuro mucha fue la gloria que yo tributé a mi Padre celestial. Gloria que tú verás y contemplarás a la luz de la eternidad.

Tú también me proporcionarás mucha gloria si aprendes a vivir en humildad y resignado al olvido.

Nada necesito: sólo me glorifica aquel que cumple mi voluntad.

Cuando la muchedumbre, deslumbrada por mi omnipotencia, "querían apoderarse de mí para hacerme rey, huí a la montaña escondiéndome de ellos" (Jn.6, 15).

Yo me ocuparé de glorificarte, porque cuando quiero: "Levanto del polvo al desvalido, alzo al pobre de su miseria" (SL.112, 7)

No te preocupes por alcanzar renombre y honores.

Acuérdate de mis Palabras: "aprended de mi que soy manso y humilde de corazón" (Mt.11, 29)

La humildad del corazón es la que debes pedirme constantemente y la que debes alcanzar a toda costa.

Toda aparente humildad, cuando no está arraigada en el corazón, no sería más que hipocresía y fina soberbia.

Conócete a ti mismo, examina tus debilidades, tus perniciosas inclinaciones, tus pecados.

Haz un examen detenido de lo que has hecho mal, pero ten presente que puedes haber hecho otro tanto o quizás más y no te percatas de ello por impedírtelo tu orgullo y que muchísimo más podrías haber hecho de no haber mediado mi divina gracia. Nada tienes que te pertenezca, en lo humano y en lo sobrenatural: nada eres, diría yo, menos que la nada, pues la nada ni peca ni encierra maldad.

Domina a la soberbia y sumérgete en las profundidades de la santa humildad conociéndote a ti mismo.

Sólo entonces habrás alcanzado la verdadera humildad, la que se aprende de mí y que es el único sólido cimiento de las demás virtudes.

MANSEDUMBRE

Para que aprendieras esta virtud te he dejado ejemplos en abundancia; serás manso si alcanzas la virtud de los humildes de corazón.

Mansamente eludí la persecución de Herodes (Mt.2,14).

Cuando los fariseos quisieron prenderme, mansamente me escurrí de sus manos (Mt.12, 15), y otro tanto hice cuando quisieron arrojarme por un despeñadero. (Lc. 4, 30).

Reprendí a mis discípulos cuando querían invocar las llamas del cielo sobre los samaritanos que no me recibieron y los invité a que imitaran mi espíritu de mansedumbre (Lc.9, 55)

Me tildaron de poseído y mansamente contesté que no era tal. (Jn.8, 49).

Cuando quisieron apedrearme, me escondí y abandoné el Templo escapándome del furor de mis enemigos (Jn. 8,59)

Toda mi pasión, desde el beso de Judas hasta la muerte en la cruz fue un solo ejemplo de mansedumbre sin interrupción.

Aprende de mí esta maravillosa virtud y aún pudiendo vengar las ofensas y humillar a tus enemigos, habla y actúa con mansedumbre de acuerdo a los ejemplos que te he dejado.

No olvides lo que fue escrito de mí... "mi bienamado en quien me siento complacido... no porfiará, ni se oirá su voz en las plazas. No quebrará la caña endeble, ni apagará la llamita titilante" (Mt.12, 18-20)

No olvides estas enseñanzas cuando creas ofendido tu amor propio y consideres tu justo derecho a reaccionar en defensa de tu personalidad. Sea constante tu mansedumbre.

Se manso con todos; no imites a los que proceden mansamente en las relaciones con los poderosos y los ricos y se vuelven ásperos con los débiles y los pobres.

La sumisión ante los poderosos y adinerados sólo es indigna bajeza y la altanería con que son tratados los débiles y pobres yo la vengaré pues "rindo justicia al mendigo y defiendiendo los derechos del pobre" (Sl.139, 13)

FORTALEZA

Mas que la mansedumbre no se vuelva en debilidad. Yo soy el Cordero de Dios (Jn.1, 29) pero sé indignarme (Apc.6, 16), y mis ministros que yo envío como corderos (Lc.10, 3) deben, según mis ejemplos, estallar en arrebatos de santa indignación.

Has leído que merecieron mi ira los pertinaces y los enneguecidos hipócritas (Mc.3, 5), y los tildé de "raza de víboras" (Mt.12,24)

Lanzaba yo mi indignación contra los pérfidos hipócritas para contrarrestar el daño que causaban a los simples de corazón.

Igualmente debes tú levantar la voz contra los que seducen a las almas y precavar al pueblo cristiano contra las asechanzas.

“Cuidaos contra los escribas” (Mc.12, 38), repetía yo a la multitud, sin tomar en cuenta el odio que, cada vez más profundo ellos volcaban contra mi persona.

Los malvados seductores esgrimen, en apoyo de su nefasto cometido, mis lecciones de mansedumbre, humildad y caridad, pues no admiten trabas en su obra de destrucción.

Aquellas lecciones no son para ellos y tú no dejes de levantar tu voz contra ellos haciendo caso omiso de sus quejas y de sus enojos: usa la espada de la Palabra divina y subyuga a mis enemigos.

Mucho daño ha causado al pueblo cristiano la falsa mansedumbre de mis sacerdotes, permitiendo que deplorables errores pongan raíces, broten y se multipliquen en el seno de la Iglesia. Este tipo de timidez adormece a los vigías del campo y envalentona al enemigo para sembrar cizaña.

PRUDENCIA

Con mis ejemplos te he enseñado como no tenía miedo a los seductores de las almas; por ello no has de descuidar las lecciones de prudencia que te he dado.

Cuando el bien de las almas así lo exija no titubees en obrar virilmente: pero, si el enfrentamiento es evitable, no arriesgues inútilmente.

Cuando los Judíos me buscaban para darme muerte, yo los eludía, pues no había llegado aún mi hora (Jn.7, 1).

Sé precavido.

Yo dije “sean simples como palomas y prudentes como las serpientes” (Mt.10, 16)

Opina bien de todos, si ello no involucra daño alguno para ti o para terceros: seas simple como la paloma.

Por el contrario, si vislumbras algún perjuicio, ponte en guardia: sé prudente como la serpiente.

Los perversos quisieran que todos mis ministros no fueran más que palomas para dominarlos a su antojo; mas yo quiero que sean serpientes precavidas, concedoras de las mañas de los enemigos.

Cuida tu conciencia y las almas que yo te confío: no las entregues desaprensivamente a cualquiera. Tu sencillez sea cauta, sabia e iluminada y evitarás que de ella haga estrago la maldad de los enemigos.

OBEDIENCIA

Dijo el apóstol que yo fui “obediente hasta la muerte” (Filip,2, 8)

Acaté la voluntad de mi Padre y también fui sumiso a José y a María (Lc.2, 51)

Esta virtud te hará vencedor de tus enemigos. (Pro. 21,28)

Acata las órdenes de tu obispo: él es mi representante y a él has prometido obediencia. Nada hagas, ni aún lo que te pareciere bueno, contrariando sus directivas; no te ciñas a cumplir solamente las órdenes que recibes de él: sé también cabal intérprete y fiel ejecutor de sus consejos.

Sé sumiso por espíritu de obediencia y no por humanos e intrascendentes intereses. Yo, que soy fiel y todo lo puedo, premiaré tu obediencia material y espiritualmente.

CASTIDAD

Milagro único a través de los siglos, yo he nacido de Madre Virgen.

No lo olvides: permití que mis enemigos me calumniasen, pero nunca de sensualidad.

Claro está que mi pureza superaba infinitamente la de los ángeles. Esta es la virtud que has de poseer en grado sumo; como si hubiera dicho especialmente para mis ministros "serán como los ángeles del Señor"

Eso has de ser: ángel sobre la tierra: en las miradas, en los actos, en las palabras y en los pensamientos.

Si tú lo quieres lo conseguirás: mi gracia no te faltará.

Si no quieres ser ángel, serás diablo. Esto es lo que generalmente ocurre a todos los cristianos, pero muy especialmente a mis sacerdotes.

El vicio que se opone a esta virtud es, para el hombre, el más natural y el que con mayor sutileza se adentra en su corazón para dominarlo.

Por lo general en mis ministros se insinúa como inocente apreciación de la belleza; a veces se encubre bajo las apariencias de caridad y compasión por los seres afligidos o bajo el velamen de la devoción que cultivan ellos. Mas cuando ese vicio se ha adueñado del corazón, sin que ellos se percaten, mis ministros se sienten arrebatados por una euforia que produce dulce ilusión, y una y otra aumentan día tras día. Bien podrían a esta altura darse cuenta, mis sacerdotes, que ese afecto ha dejado de ser puro, pero euforia e ilusión le restan toda fuerza de reacción y acaban de compadecerse de su propia debilidad y ya no hay temor que los detenga.

Pecado mortal, sacrilegio, peligro de condena eterna, ya han perdido el tremendo significado que encierran. El vicio de la impureza, gravísimo de por sí, lo es más aún en mis sacerdotes porque en ellos involucra, a la vez, profanación de mi Cuerpo y de mi Sangre y de todas las almas que yo les he confiado.

Acuérdate, sacerdote, que sólo mi auxilio evitarás las ocasiones y mantendrás un corazón puro e inmovible entre los embates del placer.

MORTIFICACIÓN

Desde Belén hasta el Gólgota, mi vida fue ininterrumpido ejercicio de mortificación.

Tu vida también, a pesar de la humana flaqueza, debe ser sacrificada.

Debe manifestarse hasta en las habitaciones privadas en las cuales evitarás toda decoración superflua.

Sea tu mesa sobria y moderada, rehuendo de los alimentos refinados.

Sea tu vestimenta prolija, más no lujosa y siempre de acuerdo con lo que al respecto disponen las autoridades eclesiásticas.

Sean tus descansos medidos y sosegados y al solo objeto de reponer energías evitando dedicarles más tiempo de lo necesario.

El eclesiástico activo y diligente no dispone de mucho tiempo para el recreo y además preferirá destinar el dinero de que dispone en obras de bien moral y material.

Mortifica también tu curiosidad: no malgastes tus horas en conocer cosas que no hagan a tu ministerio y al bien de las almas.

Finalmente, evita todo lo que de una u otra manera ponga en riesgo tu castidad: la mortificación es la defensa más segura para mantener esta inapreciable virtud.

DESAPEGO DE LOS BIENES TERRENALES

He nacido en un pesebre y muy pobres fueron los pañales que me abrigaron recién nacido; exilado y entre privaciones pasé mi infancia; la pobreza fue la compañera de toda mi vida al punto que, con fundamento, puedo decir: "los zorros tienen su cueva y su nido las aves, más el Hijo del hombre no tiene ni siquiera una piedra en la cual recostar su cabeza" (Mt.8, 20)

No tuve en cuenta los bienes terrenales y al mismo desapego eduqué a mis íntimos.

Dirás que disponer de dinero y de medios materiales es útil para alcanzar más y mejores resultados en el bien; te diré que no hay argumentos valederos contra la sabiduría de mis ejemplos.

Los santos, que mejor copiaron mi vida, fueron o se volvieron pobres; cuanto más se distinguieron en la pobreza, más brillantes y duraderas fueron las obras con que glorificaron mi nombre.

Yo soy Aquel que todo lo hice de la nada: esta es la regla de la cual no me aparto en la realización de mis obras.

Ama la pobreza: acepta pérdidas y sufrimientos. Lo necesario nunca te faltará: más confiarás tú en mí y más generoso seré yo contigo.

Descalzos y sin provisiones enviaba yo mis discípulos y sin embargo nunca padecieron necesidad. (Lc.22, 35-36)

Lo que acabo de decirte no implica que no debas vivir del fruto de tu ministerio: es justo que sea así. Empero, no hagas nada con el propósito de

recibir retribuciones materiales. El objeto de tu apostolado es exclusivamente el de glorificarme. Acepta la retribución que se te ofrezca, más no la exijas: sólo podrías echar a perder el resultado de tu obra.

No pretendas atesorar durante tu vida con la intención de destinar tus bienes a la realización de obras piadosas después de tu muerte.

Destina al servicio de mi causa lo que posees mientras vivas: no demores.

Es bueno que alivies las necesidades de tus parientes pobres, cuida empero, de hacerlo con mesura.

Trabaja en mi viña con desinterés: eres sacerdote y no des motivo para que te digan que eres comerciante. No lo olvides: yo que todo lo podía, dejé que mi madre María y el custodio de mi vida, José, se sustentaran con el trabajo de sus propias manos.

CARIDAD

“Este es mi mandamiento que os améis los unos a los otros, como yo os he amado” (Jn.15, 12)

Y cuanto amé a las almas! Por ellas entregué mi vida divina. “Yo soy el buen Pastor: el buen Pastor entrega su vida por las ovejas” (Jn.10, 11)

Por la salvación de las almas dalo todo: hasta la vida. Ten compasión de las almas que se hallan abandonadas y expuestas a los embates del enemigo.

De mí se ha escrito: “Al ver la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor” (Mt. 9, 36). Pero has de compadecerte de ellas eficazmente. El sacerdote que me ama se preocupa por todas las almas.

Te he dejado ejemplos de cómo también las necesidades materiales de mis creaturas merecieron especial atención de mi parte. No había distingo en mi llamado cuando exclamaba: “venid a mí los que andáis agobiados y oprimidos y yo os aliviaré” (Mt. 11, 28).

Todo mi Evangelio atestigua que yo nunca me negué a aliviar las necesidades, aún las de carácter material. Me causaba pena la muchedumbre hambrienta: “Me da pena esta multitud” (Mc. 8, 2) y satisfice aquella necesidad con uno de los milagros más clamorosos.

Me llegué a la casa del centurión para sanar al criado enfermo: “Yo mismo iré a curarlo” (Mt. 8, 7). Sin demora seguí al apenado padre que me pedía que le devolviese la hija que acababa de morir “...Jesús se levantó y lo siguió” (Mt.9, 19). Me mostré inmovible en el episodio de la Cananea, mas yo sólo pretendía acrecentar su fe: “Mujer, que grande es tu fe! Qué se cumpla tu deseo!” (Mt. 15,28). Apíadate, pues, de todas las necesidades de tu prójimo y provee lo mejor que puedas.

El pobre, el desvalido y el enfermo han de hallar en ti al padre tierno que comparte entrañablemente las penas de sus hijos y las alivia sin demora. No se endurezca tu corazón por la rutina de ser habitual espectador de tantas miserias.

Sé sensible y no permitas que se apague en ti la llama de la caridad. Hasta en los momentos en que tú mismo sientes necesidad de ser consolado, no dejes de consolar a los afligidos que acuden a ti.

Camino al Calvario di ánimo a las mujeres que lloraban (Lc. 23, 28)

Desde la cruz dirigí palabras consoladoras a mi Madre y al discípulo predilecto. (Jn. 19,26)

No te enfraques en litigios mundanos, llevado por una caridad mal entendida. A los dos hermanos que quisieron conocer mi opinión sobre la partición de bienes les impartí una lección sobre la avaricia. Procede tú del mismo modo cuando seas llamado a ocuparte de cuestiones y negocios humanos.

ACATAMIENTO A LA VOLUNTAD DE DIOS

A mi persona se referían aquellas palabras: “En el libro de la ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo, Dios mío, tu voluntad, y tu ley está en mi corazón” (Sl. 39,9)

Sea este el programa de tu vida: dar cumplimiento acabado a mi voluntad: es lo que debes hacer si quieres controlar todos tus afectos.

Dije yo: “No busco mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado”(Jn. 5,30); “mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió” (Jn.4,34); más aún “Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt.12,50)

Cuando en el huerto Pedro quiso defenderme de los enemigos, yo contuve su vehemencia diciéndole que “es necesario que yo beba el cáliz que me ha dado el Padre” (Jn. 18,11) y es sabido cuán amargo era aquel cáliz.

El programa de mi vida fue hacer la voluntad del Padre; sea tu programa el acatamiento y cumplimiento de mi voluntad siempre: en la buena y en la mala y cualesquiera sean los acontecimientos que sobrecogen al mundo. Mi voluntad es infinitamente buena, dulce agradable: todo lo bueno lo hallarás en ella. En su órbita ha de moverse tu vida, en lo espiritual y en lo material. Conforme a mi voluntad serán las aspiraciones de tu corazón, los frutos del trabajo sacerdotal, el volumen de gracia en la tierra y de gloria en el cielo.

Lo que yo mando y dispongo configura un orden admirable: todo se desarrolla de acuerdo con mi voluntad, y serena felicidad. Si llegas a ser un enamorado de mi voluntad, todo lo que habitualmente te causa repugnancia y sufrimiento moral, dolencias físicas, carencia de recursos temporales, lo aceptarás con ánimo alegre y alcanzarás la perfecta adhesión a mis divinos querer.

Hay momentos en los cuales el poder de las tinieblas parece doblegar a mis secuaces; cuando la inocencia es considerada delito y la iniquidad título de honor. Más esto no es novedoso.

En los momentos cruciales de mi pasión exclamé: “Esta es la hora de ustedes y el poder de las tinieblas” (Lc. 22,53)

En aquellos trances un ángel me brindó consuelo y tú también hallarás alivio en la oración. Yo padecí momentos de temor (Mc. 14,33), tú también lo tendrás: no temas, igual que a los mártires te será proporcionado el vigor que te hiciere falta.

Hallándome abandonado y escarnecido opté por callar con dignidad o contestar con palabras claras y terminantes.

Que conozcan los enemigos la serena altivez de que hacen gala mis elegidos en los momentos de dolor.

Yo me abandoné en las manos de mi padre (Lc. 23,46): haz otro tanto, confía en mí. Nada podrían haberme hecho sin mi permiso y nada podrían contra ti.

De haberlo querido "más de doce legiones de ángeles habría enviado el Padre celestial en mi auxilio" (Mt. 26,53); si yo quiero, esas mismas legiones acudirán en tu defensa. Tú no te pertenesces, eres mío; confía en mí que no he de fallarte.

LA ORACIÓN

"Mi nombre es Emmanuel, eso es, Dios con nosotros" (Mt. 1,23) Acuérdate de mi presencia, pues yo soy Dios que permanece siempre en ti.

Nada hallarás dentro de ti ni derredor tuyo tan íntimo como mi presencia.

Sea tu corazón el tabernáculo viviente de mi infinita majestad.

Ora como yo te he enseñado y cuando lo haces públicamente hazlo en la forma que prescribe la Iglesia.

Pide todo lo bueno que deseas, pero en definitiva que todo se resuelva y se te dé según mi voluntad.

Sé constante en tu oración, recuerdas? "... oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras" (Mt. 26,44): conviene insistir y cada vez con mayor afecto y confianza.

A hora temprana me apartaba para orar; bueno será que así lo hagas tú también y ello te ayudará a evitar las distracciones y a dedicarte a la meditación, importantísima forma de oración, que te otorgará fuerza y no te dejará envuelto por la fascinación de las vanidades del mundo actual y en ella hallarás el equilibrio tan necesario para apreciar adecuadamente los bienes celestiales.

Durante la meditación estaré siempre cerca de tuyo; se avivará en tu corazón el fuego de la caridad y tu espíritu se fusionará con el mío.

Tu oración se elevará hacia mi trono cual perfumado incienso. Si deseas sólo lo que yo deseo, obtendrás lo que pides.

La oración y el sacrificio asegurarán resultados firmes y saludables a tu ministerio.

Bríndale a tu espíritu, de tanto en tanto, un período de recogimiento; de ello se beneficiarán las almas que Dios te ha confiado y mayor será la gloria que tributarás a tu Creador.

A veces ocurre que uno se dedica tanto al bien de otros que descuida de alimentar su espíritu. Es conveniente que mi ministro olvide por un tiempo a su prójimo y descanse en mi presencia, ocupándose de si mismo: así le exigía yo a mis apóstoles al regreso de sus tareas misioneras.(Mc. 6,30)

Finalmente, no olvides que la oración te ayudará a alcanzar y mantener todas las demás virtudes.

LA SANTA MISA

El sacrificio de mi Cuerpo y de mi Sangre ora, satisface, alaba, da gracias con infinita eficacia.

La Misa es la oración por excelencia: la mayor de mis obras que refleja acabadamente mi divino poder y la misma se cumple, sacerdote, por tu ministerio.

Quise ofrecer el primer sacrificio “en un cenáculo amplio y suntuosamente decorado” (Mc. 14,15)

Así será tu corazón cuando celebres la Misa: amplio por la confianza en mi divina bondad, de suerte que esperes, para ti y todos los demás, el don de las gracias más apreciables.

Te acercará al altar con deseo incontenible, haciendo tuyas las palabras: “He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes...” (Lc.22, 15); deseoso que la santa Misa resulte para ti, para la Iglesia, para los fieles el maná que satisface con creces todas las necesidades.

Hállese tu corazón convenientemente decorado, durante la celebración, para que yo pueda, en tu compañía y en esplendor de caridad, consumir la cena divina.

Aunque tuvieras que celebrar una sola Misa en tu vida tú tendrías que aspirar a la mayor santidad y adornar tu corazón con las más grandes virtudes; pero piensa que celebras todos los días.

Vela que igualmente dispuestos y preparados se encuentren los corazones de los cristianos que comparten mi mesa; también para ellos yo soy el pan de cada día.

Deja abierto de par en par mi cenáculo para las almas que aborrecen el pecado.

No me molesta estar con ellas. No repares en defectos nimios o imperfecciones de los que se acercan a mi: tú los tienes, quizás mayores, y sin embargo permito que ofrezcas el sacrificio todos los días.

Serán estos defectos o imperfecciones menos censurables en ti porque eres sacerdote?

CAPITULO III

CELO DEL SACERDOTE

CELO POR EL RESPETO Y EL DECORO DE LAS IGLESIAS

Decía el salmista (Sl. 68,10): “el celo de tu casa me devora”.

De aquel celo yo te he proporcionado repetidas muestras. Con insólita indignación arrojé los profanadores del templo y exigí perentoriamente que fuese retirado del templo todo lo que no condecía con el lugar santo.

No toleres que mi casa, en la cual estoy presente en la Eucaristía, sea profanada.

En algunos casos, mis sacerdotes excesivamente tímidos, no se oponen con vigor a las profanaciones; en otros, resultan negligentes en el cuidado de los elementos destinados al culto.

Si obrasen con mayor decisión y sin falsa mansedumbre, muchos irrespetuosos quedarían fuera de los templos y yo no recibiría tantas ofensas. Y si obraran con mayor diligencia, brillaría el aseo y la limpieza en los altares y en los ornamentos. De seguro que no permitirían en sus habitaciones y en su mesa vajilla y mantelería raída.

No se impute el desorden, el desaseo y el descuido a pobreza o falta de medios; a los sacerdotes que sienten celo por el brillo de mi casa no les hago faltar lo necesario.

Esmérate, sacerdote, en la imitación de mi celo: evita toda profanación de mi casa y cuida en ella el orden y el decoro: así proceden los que creen que yo habito en el templo, día y noche, realmente presente en la Eucaristía.

LA PREDICACION CON EL EJEMPLO

Tu celo ha de manifestarse con mayor ahínco en la salvación de las almas y especialmente con la predicación de la Palabra divina.

He aquí los ejemplos que te he dejado para tu enseñanza.

En primer lugar ten presente que “las turbas se admiraban por mi doctrina, porque yo les enseñaba con autoridad” (Mt. 7,29). Autoridad que me era propia no sólo por el hecho de ser yo maestro divino, sino también porque mis palabras eran respaldadas por mis ejemplos: todos sabían que ponía en práctica lo que pregonaba.

De mí se dijo: “comencé por hacer y luego prediqué” (Hech.1, 1).

Tú también tienes autoridad para anunciar la Palabra divina; autoridad que es propia del carácter sagrado y que obra eficazmente en los corazones de los hombres.

Pero esa autoridad por sí sola no hace fructífera la predicación que debe ser acompañada por una vida ejemplar.

El Pueblo de Dios juzgará bien de ti cuando se convenza de que predicas lo que prácticas.

Si lo que enseñas no está avalado por una actuación ejemplar, los fieles dudarán de la sinceridad de tus palabras y te tildarán de hipócrita.

Resulta deplorable la predicación cuando el sacerdote soberbio pregona la humildad, el avaro la generosidad y el sensual la continencia.

Le pregunto yo a mi sacerdote: "por que te atreves a anunciar mis mandamientos y a pregonar mi alianza?" (Sl. 49,16).

PREDICACION ATRAYENTE

Todos me ensalzaban, pues mis palabras estaban repletas de gracia: (Lc.4, 22)

Mis palabras concitaban con suavidad la atención del pueblo. Sean tus palabras afectuosas y consoladoras: los fieles te escucharán con gusto y sacarán provecho de tu predicación.

No me agradan los ministros que truenan de continuo contra los pecadores y reparten el sabroso pan de mi Palabra con un dejo de acritud.

Habla como lo hacen un padre, un hermano, un amigo: tus palabras rebotarán de gracia y hallarán oídos atentos y voluntades dispuestas.

PREDICACION FERVIENTE

Mi predicación era a la vez convincente y sencilla: puedes comprobarlo leyendo el Evangelio. Todos entendían mis palabras, hasta los más incultos.

Las turbas me seguían para escucharme y sacaban provecho de mis sermones.

A menudo resulta tortuosa y no muy clara la predicación de algunos sacerdotes que la vanidad arrastra a una oratoria hueca e inútil: parecerían perseguir un fácil halago antes que esforzarse por calar hondo en el corazón de los hombres.

No existe una predicación barata y otra de lujo, una de alto vuelo y una plebeya. Mi Palabra es una sola y posee todos los atributos para saciar el hambre de todas las almas, sea que pertenezcan ellas a encumbrados y cultos o a plebeyos e ignorantes.

El hambre de la verdad agujeronea a todas las almas por igual, sin distinción de clase, región o cultura.

PREDICACION SABIA

Si recomiendo sencillez en la predicación, no por esto apruebo la dejadez y negligencia de los sacerdotes que no se preparan como es debido para anunciar mis palabras y llenan los oídos de los fieles con sermones fríos, huecos y desabridos.

Los que me escuchaban admirados, preguntaban: “de donde le viene a este tanta sabiduría?” (Mt. 13,54)

Tu predicación debe ser sencilla y a la vez sabia, sólida, substancial y provechosa para el espíritu.

Por ello, antes de predicar, medita bien lo que vas a anunciar, fundamenta tu exposición con argumentos sólidos y valederos aptos para sacudir las voluntades y convencer las inteligencias.

No te diriges a mi grey para dilucidar un pleito humano: de tu boca quedan pendientes las almas que yo rescaté con mi sangre.

Una preparación concienzuda evitará que tu predicación se pierda en expresiones vulgares, en sentimientos fáciles o en argumentaciones de dudoso contenido.

Mientras tú hablas yo te escucho y tendrás que rendir cuenta del trato poco respetuoso, negligente unas veces, ridículo otras, que has dispensado al sagrado ministerio de la Palabra.

COMO CONQUISTAR A LOS PECADORES

Dije a mis discípulos que serían “pescadores de hombres” (Mt.1, 17)

Los pescadores habitualmente, se sirven de la red o del anzuelo para obtener buenos resultados en su faena.

Mis ministros pescan con la red cuando anuncian la Palabra de Dios a los fieles reunidos y atraen a más pecadores; se valen del anzuelo, cuando privadamente alientan al pecador para que haga retorno a la casa del Padre.

Durante mi vida terrenal yo usé red y anzuelo para conquistar a los pecadores.

De ello encontrarás muchos ejemplos en las páginas del Evangelio.

Públicamente prediqué a multitudes y también en privado atendí a la conversión de los pecadores. No desperdiqué ocasión alguna para traerlos al bien. Pedían algún bien terrenal y yo aprovechaba el momento para insuflarles la gracia del espíritu.

El paralítico se acercó para que yo le devolviese el uso de sus miembros: aproveché para instarlo a dejar el pecado. Lo dejé sano de cuerpo y alma. (Mt.9, 2)

Cuando acude a ti el pecador en busca de algún servicio, sugiérele que retome la buena senda.

Si los pecadores no se me acercaban, yo iba en busca de ellos en cualquier lugar que fuere. Las habladurías de los malvados me tenían sin cuidado. Recuerda las calumnias de que me hicieron objeto: “he aquí el comilón y bebedor, amigo de los publicanos y pecadores” (Mt. 11, 19)

Sin ser invitado alguna vez acudí espontáneamente a la casa de los pecadores; así lo hice con Zaqueo a quien dije: “Hoy he de quedarme contigo en tu casa” (Lc.19, 5)

Haz que los pecadores entiendan cual es el móvil que te guía en quedarte con ellos: por supuesto que no la aprobación de sus extravíos sino el deseo de devolverlos al recto camino.

Ni el cansancio me detenía en la búsqueda de los pecadores.

Cansado me senté junto al pozo de Sicar y allí convertí a la mujer samaritana que había ido por agua natural y yo le desperté el deseo de los manantiales eternos.

Aún cansado, atesora toda ocasión para santificar las almas; ese es el entrañable deseo de mi corazón.

PRONTITUD EN ATENDER A LOS PECADORES

Los pecadores acudían a mí en cualquier circunstancia aún no del todo oportuna.

Me hallaba de reunión cuando se presentó la Magdalena: no sólo la atendí, sino que la defendí ante Simón que la miraba de reojo por ser mujer de mala fama.

No obligues a los pecadores a idas y venidas: atiéndelos en cualquier momento se te presenten y aprovecha la ocasión para reconciliarlos conmigo.

Algunos sacerdotes se fastidian si se los llama al confesionario en hora incómoda para ellos y no titubean en postergar la recepción de la confesión y otras veces niegan la absolución no habiendo ello motivo suficiente.

Al parecer estos ministros míos no tienen la menor idea de lo grave y penoso que resulta para el pecador ver postergado su reintegro a la gracia y amistad con Dios.

Apenas el ladrón dio señales de arrepentimiento, lo perdoné y le prometí la vida eterna: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc.23, 43), sin embargo hasta momentos antes había volcado blasfemias e injurias sobre mi divina persona.

No seas frío e insensible con los pecadores que en algún momento te hayan hecho objeto de ofensas: atiéndelos con el trato que se dispensa al mejor de los amigos. Así lo exigen tu ministerio y mis enseñanzas.

DULZURA CON LOS PECADORES

Muy especialmente te recomiendo que recibas a los pecadores con caridad y amabilidad, para que no se asusten y se alejen de ti que eres el médico de sus almas.

Amables fueron mis modales con Zaqueo, la Magdalena, la Samaritana y la mujer de mala fama encontrada en flagrante adulterio.

Temía esta ser apedreada; yo confundí el falso celo de los que la acusaban y los obligué a marcharse en silencio. A ella le pregunté si alguien la había condenada, me contestó que no y agregué yo: "Tampoco yo he de condenarte, vete y no vuelvas a pecar" (Jn. 8,11)

Tú también eres pecador y falta te hace mi misericordia; pero mi promesa queda en pie y tú recibirás el trato que hayas dispensado a tus hermanos. (Lc. 6,38)

CONDESCENDENCIA CON LAS ALMAS DEBILES

Yo enseñaba la perfección, ello no obstante, perdonaba las imperfecciones y debilidades de los hombres.

Así procedí con Nicodemo, gran amigo mío, pero temeroso de las reacciones de mis enemigos. Le agradaba mi compañía, más me visitaba en horas de la noche. Temía ser considerado discípulo mío. Debilidad humana que yo supe disimular; no lo rechacé, al contrario quise granjearme su afecto. En su momento, ya fortalecido en mi amor y mi amistad, me defendió ante los fariseos; después de mi muerte embalsamó mi cuerpo y más tarde padeció persecución por mi nombre (Jn.19, 39)

La condescendencia te cautivaré paulatinamente el corazón de los hombres.

Muchos hay, aún hoy, que se avergüenzan de mí y temen la **decisión** de mis enemigos. Por ello, no los obligues a actos de religión que, aún siendo laudables, no son absolutamente necesarios.

Quieren seguirme, pero con cierto recelo y, con tino, conviene exigirles sólo lo que es necesario. Paulatinamente se animarán y dejarán de lado el respeto humano que los entorpece.

Sé extremadamente caritativo con los pecadores que se acercan al confesionario; por graves que sean las culpas trata a los pecadores de acuerdo a lo que necesitan y no según sus merecimientos.

Cuanto más profundo es el abismo en que ha caído el pecador, tanto más comprensivo debe ser el sacerdote que recibe la confesión de sus pecados.

CUIDADO DE LAS ALMAS PIADOSAS Y DE LOS NIÑOS

Tú eres, sacerdote, el cuidador de la viña que yo he regado con mi sangre y de la cual forman parte todas las almas cristianas.

Primeramente cuida a los niños, tiernas flores que necesitan más que ninguno de tu dedicación y celo.

Me encantaba estar con ellos. A los discípulos que querían alejar de mí a los niños por temor que me causasen molestias, decía: "Dejad a los niños, no le impedáis que se acerquen a mí" (Mt.14, 19). Los acariciaba y bendecía.

Instrúyelos con paciencia. Que sepan cuanto yo los amo y como quiero llenarlos de dones en esta y en la otra vida. Que me amen con toda la fuerza de su tierno corazón y aborrezcan con toda la fuerza de su voluntad el pecado.

Despierta en ellos el amor a Dios: que sean para mí los primeros sentimientos de esos tiernos corazones y, no lo olvides, el amor hacia mí los ayudará a conservar la inocencia bautismal.

Procura que en la formación de los niños sean los primeros y mejores colaboradores tuyos, los mismos padres; a ellos, en primer término, corresponde cumplir con todos los deberes hacia sus hijos y cuando ello, por cualquier motivo no sea posible, encomienda la educación de esos párvulos al buen corazón y a la iluminada inteligencia de las almas piadosas.

Después de los niños, encomiendo a tu especial cuidado las almas que son deseosas de la cristiana perfección.

A mis discípulos, que más cerca mío estaban, hablaba de las verdades arcanas: "a vosotros se os concede la gracia de conocer los misterios del reino de los cielos". (Mt. 13,11)

Corregía en ellos hasta los defectos más insignificantes, fruto a veces de apego que sentían hacia mi persona. Así lo hice cuando discutían "cual de ellos fuese el mayor" y cuando querían que "a los que no pertenecían al grupo se les prohibiese arrojar los espíritus malos" (Lc.22, 24 y Mt.9, 37)

En el sermón de la última cena, los fui preparando para mi partida de este mundo: los iluminé, los animé y quise que estuvieran listos para enfrentar los acontecimientos inmediatos y futuros. (Jn.14)

No descuidé la especial dedicación a las mujeres que creían en mí, dispuestas a seguir mis enseñanzas hasta la perfección.

Permití que en mis andanzas evangélicas me siguiesen algunas mujeres que yo había librado del espíritu maligno o a las cuales yo había devuelto la salud del cuerpo.

Estuvieron a mi lado camino al Calvario junto a mi Madre.

Dedícate pues con especial esmero a cultivar las almas piadosas. Es justo que dispenses amor más profundo a las almas que más profundamente me aman. El corazón de las almas piadosas es el terreno mejor preparado para que tus desvelos sacerdotales rindan buenos y cuantioso frutos.

Dales ánimo e insufla confianza en aquellas que quieren permanecer castas: ayúdalas a perseverar en ese estado; si lo consiguen se enriquecerán todas las demás virtudes.

Instalas a acercarse todos los días al banquete eucarístico: allí encontrarán la fuerza que las hará invencibles.

LOS JOVENES QUE ASPIRAN AL SACERDOCIO

Especialísimo ha de ser el cuidado que dedicas a los jóvenes que sienten inclinación al estado sacerdotal.

Ellos deben ser perfectos para sí y para el pueblo cristiano al cual deberán enseñar y trazar el camino hacia Dios.

Cuidados muy especiales dediqué yo a mis discípulos para que fuesen buenos ministros.

Los mantuve constantemente a mi lado para que nada se les escapara, de mis enseñanzas, vieran de cerca mis milagros y aprendiesen todas las virtudes apostólicas.

Si se te acercaran jóvenes que quieren ser sacerdotes, cuida de su espíritu, enséñales como vivir desapegados del mundo, incúlcales el deseo santidad y el propósito firme de colaborar en la santificación de los demás.

Para que sean ángeles sobre la tierra, condúcelos diariamente a comer el Pan de los ángeles que los irá formando y fortaleciendo para que, llegado el momento, asciendan al Altar del Señor.

Grave es la responsabilidad de los que se dedican a la formación de mis ministros.

SABIDURIA ESPIRITUAL

Ten presente que para la formación de las almas piadosas, de cualquiera condición ellas sean, has de poseer profundos conocimientos de la vida espiritual: de no ser así tu guía será traba y no auxilio.

Para este importantísimo cometido es preciso que estudies lo que al respecto han enseñado los maestros de vida espiritual y entre ellos los santos que junto con la sabiduría poseían el conocimiento cabal de los recónditos caminos que llevan a la santidad.

Ora y estudia: si tú haces lo que debes no te faltará mi auxilio.

Siempre quise que en mi Iglesia hubiese abundancia de almas privilegiadas, de espíritus superiores.

No importa saber donde están y cuantos son: lo importante es que los haya y que mis ministros están capacitados para guiarlos por los sublimes caminos del cielo.

Duele decirlo: mucha es la ignorancia de la vida espiritual entre mis ministros y por no entenderla no la valoran como es debido.

Estudia, entonces, y serás guía esclarecida y luminosa para las almas que quieren correr en pos de la perfección.

LAS MUJERES Y SU FORMACION ESPIRITUAL

En este terreno has de moverte con extrema cautela, de esta depende la salvación de tu alma y de las almas que te confío.

Sea tu mayor cuidado valorar en las mujeres exclusivamente el alma que yo he redimido para conducirla a la gloria.

Vela para que tu corazón no quede turbado por efectos que no sean espirituales y por más piadosas que ellas sean, no hallen en ti motivo de una mal entendida liberalidad.

Vean todos que en el trato con las mujeres, tus modales, sin ser groseros, son serenamente serios.

Permití a mis enemigos que me calumniasen a su antojo, más ni una sola palabra irrespetuosa pronunciaron que ofendiera mi pureza: claro está que no les di motivo.

Sin embargo yo sané a las mujeres de sus enfermedades físicas y morales, permití que me siguiesen durante mi predicación y era fácil comprender cuanto yo valoraba el favor de su piedad (Lc. 8,2-3) Quedó consignado en el Evangelio que yo... amaba a Marta y María... (Jn.11,5)

La mujer ha de encontrar en el sacerdote el padre que la consuele, el maestro que la instruya, el guía que la acompañe, el pastor que la apaciente. Podrá censurarse esta mi divina enseñanza?

Si a pesar de toda la prudencia y de una conducta irreprochable, hallares quien te critique o injurie, no te preocupes, yo soy tu juez.

LOS COLABORADORES EN EL MINISTERIO

En el cumplimiento de la misión que me encomendó el Padre, quise tener colaboradores: “escogió a doce para tenerlos en su compañía y para enviarlos a predicar” (Mc.3, 14)... “Señaló el Señor otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de sí” (Lc. 10,1).

En esto también has de imitarme en cuanto lo permita tu estado de sacerdote.

Esta imitación yo espero especialmente de los Obispos que deben elegir dignos ministros capacitados para colaborar con ellos en el cuidado de la grey para que todas mis ovejas tengan cabida en los celestiales rebaños.

Jóvenes hay que dan muestra de vocación eclesiástica, convendrá que tú los ayudes a alcanzar lo que desean aconsejando a los padres para que no sólo no pongan trabas sino que alienten en sus hijos tan admirable vocación.

Ello requerirá de ti sacrificios y más horas de trabajo, no importa: maravilloso galardón será para ti haber abierto la puerta del sacerdocio a nuevos ministros.

Aprovecha también la colaboración de tus colegas sacerdotes: con finos tratos y amistosas recomendaciones conseguirás que otros ministros hagan rendir buenos frutos a los talentos que yo les he dado: esto también lo exige la salvación de las almas.

De mucho provecho para el apostolado serán las reuniones periódicas entre sacerdotes y la comunicación de santas iniciativas redundará, sin duda, en bien de la grey y de sus pastores.

Útiles también te serán en el apostolado los laicos: guíalos con prudencia y firmeza, dales ánimo en los momentos difíciles y tu ministerio contará con eficaces colaboradores.

LA BUENA PRENSA

Otro elemento que actualmente no ha de descuidarse para que la obra del sacerdote alcance más y mejores frutos es la prensa.

Libros, periódicos, folletos, revistas son inapreciables colaboradores en el ministerio cuando son vehículos de mis enseñanzas.

Menester es acudir a los servicios de todos los medios de difusión para contrarrestar, en lo posible, los estragos que entre las almas causan las impresiones inmorales y enemigas de la Verdad.

Que lleguen mis enseñanzas a todos los hogares, a los talleres, a los rincones más apartados; urge que con vigor sea combatido el error para poder salvar a los que caen en él. Mis enemigos no reparan en sacrificios y gastos para seducir a las almas y alejarlas de mí.

Que hagan lo mismo mis ministros con celo y dedicación y los resultados positivos no faltarán.

TRATO UNIFORME CON EL PROJIMO

En el cuidado de las almas procura dispensar a todos el mismo trato amable y bondadoso: no establezcas diferencias entre las personas.

De mí dijeron los fariseos: “Tu no reparas en nadie” (Mt.22,16), dando testimonio de mi imparcialidad en el trato con las personas, fueran ellas encumbradas o plebeyas.

Se lee en Isaías: “Ungido por el Señor, fui enviado a evangelizar a los pobres” (Is.61, 1)

Entre las prerrogativas de mi misión, yo destacaba las siguientes “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el evangelio es predicado a los pobres” (Mt.11, 5).

Qué he de decir de aquellos ministros míos que no encuentran ni tiempo ni lugar para atender a los pobres y están siempre disponibles para los ricos?

Para el pobre está ocupado o se siente cansado mi ministro: para el rico, aún en horas inoportunas, le sobran tiempo y energías para atenderlos. Esa bajeza no ha de caber en mis sacerdotes.

Si alguna preferencia cabe, ella debe ser para los pobres: yo los prefiero y de entre ellos escogí mi Madre y mis discípulos.

Sea tu trato respetuoso, atento, amable con todos: con los que te aprecian y con los que demuestran no sentir excesiva simpatía por ti.

Trabaja con el mismo celo para la salud de todas las almas indistintamente: “no hagáis acepción de personas vosotros que creéis en Jesucristo, nuestro Señor glorificado” (Stg. 2,1)

Si procedes diversamente, tu servicio no me resultará agradable y serás ocasión de escándalo y no de admiración.

LA DOCTRINA NECESARIA

“Yo soy la luz verdadera que ilumina todo hombre que viene a este mundo” (Jn.1, 9)

Tu doctrina no ha de ser otra que la mía y únicamente la hallarás en el manantial que yo he hecho brotar, si quieres poseer celo santo e iluminado.

El manantial de que te hablo se halla en la Iglesia católica y su custodio y dispensador es el sucesor de aquel a quien yo dije: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Por ti, Pedro, he rogado para que no desfallezca tu fe... fortalece tus hermanos... apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas”.

Por lo tanto tu doctrina ha de concordar siempre con la doctrina de mi Vicario en la tierra, el romano Pontífice.

Lo que es verdad para él, será tu verdad; lo que es falso para él, será falso también para ti.

Su sabiduría no es otra que la mía, pues yo se la he comunicado. No te dejes engañar: las doctrinas contrarias a la doctrina de mi Vicario son todas falsas; nadie sacará provecho de ellas que perecerán junto con los que las aceptan.

Sólo mi doctrina es la verdadera y la que debe poseer mi sacerdote: si no la posee dejará de ser sal y será corrupción, no será luz, más tinieblas, no apóstol más seductor.

Duros y constantes fueron los embates de mis enemigos contra la doctrina del romano Pontífice y hasta algunos católicos, no atreviéndose a negarla, buscan debilitarla capciosamente.

Mas los humildes la aceptan tal cual es y rinden gracias a Dios por haber querido levantar ese faro de luz en medio del mar bravío y tempestuoso que es el mundo.

Hasta hay sacerdotes que se atreven a poner en tela de juicio la conducción de la Iglesia por parte de mi Vicario. Como si los hijos dijieran al padre: "tu no sabes conducir la familia", al juez: "tú no sabes administrar la justicia", al sacerdote: "tú no conoces los límites del santuario: nosotros te enseñaremos la prudencia, la justicia y el derecho".

Los que así obran no son mis ministros.

Mis ministros son los que, con amor, docilidad y humildad, obedecen al Vicario que es mi representante en la tierra.

PALABRAS FINALES

Sacerdote ministro mío, en las pocas líneas que acabas de leer no está contenido todo lo que has de saber para imitarme acabadamente. Yo soy libro que nunca se termina de leer y estudiar.

Estas breves advertencias te serán útiles y despertarán en ti el deseo cada vez más fuerte de conocerme mejor.

Yo te daré luz y fervor.

Si algunos sacerdotes no son muy fervientes, ello se debe a que no me estudian mucho y por ende no alcanzan a conocerme bien.

Podría yo decirles: "Tanto tiempo que estoy con vosotros, y no me habéis conocido?" (Jn.19, 4)

La verdadera sabiduría es conocerme a mí: haz tuyas las palabras del Apóstol: "No me precié de saber alguna cosa, sino Jesucristo, y este crucificado" (I Cor.2, 2)

ALIANZA DE PAZ

Tú, Señor, perdona mis pecados
y borra todas mis maldades.
Enséñame a hacer tu voluntad.
Dame un espíritu bueno.
Ponme junto a ti.
No permitas que me separe de ti.
Cúdame como la pupila de los ojos.
Sin ti, polvo y ceniza como soy,
no puedo hacer nada.

Yo en tu nombre, confiando en tu gracia,

propongo no reservarme nada para mi,
sino el perfecto cumplimiento de tu ley
abrazado a tu santa Cruz.

Por eso nada te pido para mi,
ni los bienes, ni la vida, ni la muerte.
De esta manera que haya concordancia
entre tu voluntad y la mía.

En mi y en todos,
esté presente tu misericordia,
ahora y por la eternidad.
Amén.

JOSE FRASSINETTI

INDICE

Prólogo

Jesús a sus sacerdotes

CAPITULO I - Vida Interior y exterior del sacerdote

Vida interior

Vida exterior

CAPITULO II – Las virtudes del sacerdote

La humildad

Mansedumbre

Fortaleza

Prudencia

Obediencia

Castidad

Mortificación

Desapego de los bienes

Caridad

Voluntad de Dios

La Oración

La Santa Misa

CAPITULO III – Celo del sacerdote

Celo por la Iglesia

Predicación con el ejemplo

Predicación atrayente

Predicación ferviente

Predicación sabia

Como conquistar a los pecadores

Atender a los pecadores

Dulzura con los pecadores

Condescendencia con las almas débiles
Cuidado de las almas piadosas y de los niños
Los jóvenes que aspiran al sacerdocio
Sabiduría espiritual
Formación de las mujeres
Los colaboradores en el ministerio
La buena prensa
Trato uniforme con el prójimo
La doctrina necesaria
Palabras finales
Alianza de Paz
INDICE